

# Doble nacionalidad

Nina Yargekov

Traducción de Lucrecia Orensanz

*La narradora de Doble nacionalidad, la última novela de Nina Yargekov —inédita aún en español—, despierta en un baño del aeropuerto de París con amnesia total, dos pasaportes y dos idiomas. Descubre que es intérprete y desempeña su papel con soltura mientras determina de dónde viene y quién es en realidad.*

Son las 5 de la mañana. Silenciosa como una culebra con tus zapatillas sin tacón y suela de goma antideslizante bajas las escaleras de tu edificio, bajas dando vueltas hasta el último piso, pero manteniéndote siempre por encima del nivel del mar, y luego abres la portezuela del copiloto de un vehículo sin distintivos, al volante del cual está sentado el agente judicial que te llamó ayer por teléfono o al menos eso esperas, porque es cierto que no te cercioraste de su identidad. Hacen una breve parada en la estación de policía para tomarse un café quizás importado de Costa de Marfil, pero eso no te provoca ningún problema de congruencia argumentativa porque no abogas por la expulsión de los marfileños, mientras él te agradece la disponibilidad porque la intérprete que debía intervenir enfermó de último minuto y entraron en pánico tratando de encontrar a alguien más. Sí, te ofende una pizca enterarte de que fuiste la segunda opción, además de que creías ser la única intérprete yazigia de todo París y su área conurbada, pero obviamente no dejas que se note nada porque eres una profesional que sabe controlar sus gestos faciales. Te resume al caso, se trata de unas chicas que se prostituyen en un de-

partamento de los suburbios ricachones, llegan de a dos o tres y se quedan unas semanas antes de ser reemplazadas por otras. Llevan tiempo observándolas y los datos recabados señalan que la proxeneta, porque se trata de una mujer, se encarga de organizar las estancias de las chicas y viene a Francia más o menos una vez al mes para recoger su parte y precisamente se encuentra ahí en ese momento, así que si estás lista les va a avisar a sus compañeros y hay que arrancar ya porque es lejos.

Son las 6 de la mañana. Estás en un cubo de escaleras con paredes café oscuro acompañada por seis policías. Eres la única que no lleva chaleco antibalas. O chaleco táctico. O sea: eres la única que no tiene ese artilugio que podría protegerte el pecho. Las chicas no estarán armadas, pero de todas maneras nosotros vamos a establecer un perímetro de seguridad antes de que entres dijeron los policías con la mano sobre su arma reglamentaria, bueno está bien, pero ¿y si alguien dispara a través de la puerta? La cuestión, verán, es que te encantaría conservar tu pecho en su estado actual de no perforación, el cual te resulta muy conveniente, y cuando las cosas funcionan bien, ¿para qué arries-

garse a perturbar el orden establecido? No hay ningún balazo. Un agente toca la puerta y dices abran es la policía. Sólo que no eres la policía, eres la voz yazi-gia de la policía, no se confundan. Distinción esencial y sin embargo precaria: no está escrito que, en caso de una revolución seguida del enardecimiento popular en contra de las fuerzas policiacas, tú te salvarías de la guillotina.

Entran en un departamento coqueto donde hay dos chicas y una tercera que es la proxeneta. Si bien su estatus de superior jerárquico no es flagrante, es apenas mayor y al igual que las otras es alta y hermosa y tiene uñas postizas amarillas con diamantina y un semblante muy cansado. Durante el cateo no tienes mucho que hacer, los agentes registran el lugar y las chicas esperan sentadas sobre una cama: los intercambios son escasos. Las observas de reojo, está claro que no entienden lo que les está pasando. Cruzas las manos por la espalda y juegas discretamente con una liga para el pelo.

Son las 11 de la mañana. El cateo ya acabó, las dos chicas quedaron bajo custodia de otros agentes que llegaron entretanto, ellas son víctimas, no es lo mismo, la tercera está esposada. La hacen subir a la parte de atrás de un auto para conducirla a la estación de policía donde será interrogada, precisamente la misma donde te tomaste tu café quizá marfileño. Te instalas en el asiento de adelante junto al oficial que dirige la investigación y que en tu cabeza decides llamar Robert. No, Émile. O Max. Sí, Max queda mejor, tiene unos cuarenta, barba de tres días, pantalones de mezclilla y chamarra de cuero: el estereotipo de un agente de civil. Como juraste secreto profesional, lo más seguro es asignarles seudónimos mentales a las personas para prevenirte contra cualquier desliz si un día caes en confidencias, lo cual está formalmente prohibido, pero el alcohol a veces hace bajar la guardia y así al menos no revelarás la verdadera identidad de los interesados.

Max mira de un lado a otro, se esculca todos los bolsillos, busca algo a tus pies, en el asiento de atrás, en la guantera, por fin encuentra, coloca, deja de moverse y arranca. Aguantas la respiración, ¿y ahora qué va a ocurrir? Lo que ocurre es que arrancan con las sirenas encendidas y resulta que te encanta, es una sensación fabulosa, no lo hubieras pensado, más bien te daba miedo, pero no, no puede pasarte nada en una patrulla con sirenas, todo lo contrario, estás en el mejor lugar del mundo, van a toda velocidad y los autos se apartan adelante de ustedes, se orillan, se inclinan, es como una guardia de honor, tienes la sensación de que les hacen reverencia, les muestran respeto, pases por favor honorables agentes del Estado que obran por nuestro bienestar, cederles el paso es lo mínimo que podemos hacer. Respiras profundamente, quisieras que esto durara para siempre, nunca has co-



Maya Goded, serie *Plaza de la soledad*, Ciudad de México

nocido nada igual ni hubieras podido imaginarlo, concebirlo siquiera, si te lo hubieran contado no lo hubieras comprendido, es un placer pueril y embriagador, no es sólo la velocidad aunque a la vez sí es la velocidad, es también esta impresión de libertad absoluta, estás en un juego mecánico que se escapó de un parque de diversiones, el auto hace lo que se le da la gana, no tiene nada prohibido, nadie podrá reprocharles nada, son los reyes del mundo. Naturalmente, ocultas tu entusiasmo, te abstienes de gritar a todo pulmón síiiii yuuuuuu así más rápido más rápido, y tu rostro conserva una neutralidad ejemplar.

Es la una de la tarde. Estás sentada en una silla de plástico en una salita que huele fuertemente a orines en compañía de la abogada de oficio y de la chica detenida por proxenetismo, tienen treinta minutos para decirse todo en el marco de este gran momento de intimidad gentilmente concedido por el Código de Procedimientos Penales que es el “encuentro con el defensor de oficio”. Las tres tienen más o menos la misma edad, si se intercambiaran la ropa cualquiera resultaría creíble en el papel de la otra y sin embargo las separa un abismo vertiginoso, por un lado está el mundo libre de las mujeres que regresarán a su casa después del trabajo, besarán a su marido y jugarán al salto exponencial con su topo de peluche; por el otro está el universo vacilante de la que comerá lo que tengan a bien darle, que se podrá dar un baño cuando quieran autorizarlo, que dormirá sobre un colchón cualquiera, no quieres generalizar, pero te vienen a la mente algunas imágenes muy poco agradables.



La chica del mundo carcelario mira fijamente a la abogada, te volteo a ver a ti, mira otra vez a la abogada. Ahora tiene las uñas cortas y el pelo suelto, le confiscaron sus pequeños accesorios femeninos: no logras imaginar cómo podría ahorcarse con su liga para el pelo o desgarrarse las venas con sus uñas postizas amarillas con diamantina pero el reglamento es el reglamento, ¿o no? Es castaña clara con cabello largo y ondulado, en sus ojos hay una loba acorralada, ¿acabará en la cárcel?, ¿acabará en cárcel?, y si sí, ¿cuánto podrían echarle? La abogada se hace guaje, en este punto no tiene acceso al expediente, así que imposible predecir el futuro; sin embargo, la detención preventiva es una hipótesis que conviene no descartar; en efecto, carecer de domicilio en el territorio francés no inspira mucha confianza a los jueces, temen que uno se evapore en la naturaleza, por lo demás el proxenetismo simple se castiga con siete años, ¿sabe su cliente qué significa el término proxenetismo? No, no lo sabe. La abogada le imparte un curso exprés de derecho penal especial, en esencia corresponde al hecho de ayudar a un tercero a prostituirse, de ganar dinero con la prostitución de un tercero o incluso de incitar a un tercero a prostituirse. La loba en los ojos de la chica levanta las orejas, inclina el cuerpo hacia adelante, agita ligeramente la cola, la definición coincide muy bien con su actividad profesional, sólo que ella no incita a nadie, más bien a ella la incitaron, pero ¿no es un poco excesivo siete años considerando el hecho de que no es del todo una delincuente? Ahora cuenta, no espon-

táneamente, sino porque la abogada la incita, la empuja a explicar la situación, y claro en realidad eres tú quien la cuenta por encima de la voz de ella, cómo hace algunos años comenzó a prostituirse en Francia gracias a una amiga que hablaba francés y que había logrado rentar un departamento para las citas, cómo luego su amiga se había ido de prostituta a Alemania, pero había aceptado dejarle el departamento, cómo poco después una amiga le pidió si podía ir también ella porque necesitaba dinero, cómo le venía bien poder compartir los gastos, cómo vinieron después otras amigas, cómo entre una cosa y otra acabó montando una especie de agencia, cómo eso le permitió despejar, así que era una evolución positiva para su vida, cómo sus ingresos actuales le permiten llevar una vida correcta, pero no más, pues tiene muchas deudas por cubrir y muchos gastos de gestión.

La abogada inclina la cabeza a un lado, anota algo en su cuadernito, luego le pregunta si no hay alguien más que le ayude, que le dé indicaciones, que incluso ejerza cierta presión sobre ella porque sin ánimo de ofender, pero las mujeres proxenetas totalmente independientes son bastante escasas, sobre todo tan jóvenes, claro que quizá sea el modo yazigio, no lo sabe. La chica reconoce que tiene un novio, pero este hombre no tiene nada que ver con sus asuntos, ni siquiera está al tanto de sus actividades. La abogada pone cara de esfinge, está bien está bien sólo preguntaba por si acaso, porque efectivamente hubiera ayudado al expediente saber que su cliente no había sido más que una simple ejecutante.

Son las 2 de la tarde, son las 5 de la tarde, son las 10 de la noche, los interrogatorios son largos e intensos. Sentado detrás de su escritorio, Max dirige la indagatoria, mostrando sus cartas con deleite, machacando que le sabe mucho pero que sería más juicioso que madame la proxeneta le dijera de entrada la verdad, se ahorrarían mucho tiempo. Es evidente que se siente a gusto en su ejercicio, se nota que está a punto de jubilarse, para él es un momento cúspide, la culminación de varios meses de pesquisa. Las frases en francés de Max las susurras en yazigio al oído de Tkliinaa, es el nombre que decidiste ponerle a la chica que está junto a ti, y cuando le toca hablar a ella aumentas el volumen y traduces por encima de su voz, no hay otra opción, no puedes estar todo el tiempo levantándote y sentándote para susurrar por turnos en el oído francés y en el oído yazigio, aunque eso hubiera sido más equitativo, más simétrico.

Existen en ti como dos canales, dos estaciones, escuchas y hablas al mismo tiempo, con apenas un ligero desfase entre los dos, entra sale entra sale en un doble flujo, las lenguas te atraviesan y surfeas sobre las lenguas, tu cerebro se vuelve una materia fluida

que acoge y transmite, que recibe y emite, eres una onda, es el deslizamiento puro, la felicidad pura del deslizamiento, momentos de calma entrecortados por olas, hablas hablas hablas y luego en el horizonte aparece un pasaje difícil, un giro poco común, un término ambiguo o que remite a una realidad inexistente en el otro país, gracias al desfase entre los dos canales tienes algunos segundos para ingeniártelas, la ola se acerca, qué vas a hacer, tienes que decidirte y pum, una solución de último minuto, y otra vez el deslizamiento tranquilo hasta la próxima ola. Todo esto ocurre muy naturalmente, estás concentrada pero no tensa, tienes la sensación de haber nacido para esto, para este deslizamiento discursivo, para este encabalgamiento de las lenguas, te encanta, quieres cada vez más, más y más cortar el aire, más y más la velocidad y los obstáculos, más y más la carrera desbocada sobre el camino liso e inestable, tanto que lamentas las pausas y los tiempos muertos, mueres de impaciencia y aburrimiento, tienes prisa por zambullirte de nuevo en el torbellino. Ellos te necesitan, te necesitan enormemente, claro que hay otras intérpretes, pero les resulta indispensable la intérprete, porque el francés y el yazigio son dos lenguas a tal punto distintas que dependen totalmente de ti, son bebés, hasta para explicar cómo jalarle al escusado en los baños frente a la sala de averiguaciones, hasta para eso te necesitan.

Tú eres la que más habla en esta obra policiaca que son los interrogatorios, porque doblas las intervenciones de los dos personajes, eres la voz de uno y la voz del otro, eres la policía y eres la delincuencia, eres las blancas y las negras en un tablero de ajedrez, sirves a ambos bandos con el mismo compromiso. Al grado que cuando Max le pregunta a Tkliana si tiene novio y ella responde negativamente, traduces como si no supieras que le dijo lo contrario a su abogada. Vibras con su discurso, te conviertes en su discurso, cuando ella niega tú le crees completamente, no tienes ninguna duda, es evidente que no tiene novio, qué pesado este tipo que pregunta una y otra vez lo mismo, ¿que no entiende? Para traducir bien tienes que ser adherente de su declaración. En el instante en que te conviertes en su voz francesa, no puedes concebir que tus palabras sean otra cosa que la verdad.

Tkliana se desmorona al paso de las horas, sus pupilas se dilatan, se encoge sobre la silla, va entendiendo poco a poco que el expediente de la indagatoria es muy grueso y está bien documentado, se va dando cuenta de hasta qué punto saben todo sobre ella, desde los montos que le entregaban las prostitutas hasta el color de su bicicleta, pasando por el nombre de su perro. Porque fue vigilada y fotografiada, su teléfono fue intervenido, sus cuentas bancarias examinadas, su patrimonio escrutado, lo único que no podrían de-

terminar con precisión es la fecha de sus reglas, aunque quién sabe. No obstante, ella repite siempre la misma historia, sí, reconoce los hechos pero no entiende por qué, en verdad no entiende por qué la acusan de haber explotado a las chicas, que por lo demás son casi todas sus amigas, en este sentido ella es completamente inocente, ellas quisieron, ellas insistieron, a veces incluso suplicaron para venir a trabajar a Francia, no niega que les pedía una comisión, pero no hay nada escandaloso en ello, era para cubrir los gastos del departamento y el tiempo que pasaba organizando la agenda, reservando boletos de avión, administrando el sitio de internet con los anuncios clasificados, nunca abusó de su condición de, de ¿cuál era la palabra? Ah, proxeneta. Max le responde con una sonrisa burlona: o sea que es una buena samaritana, qué conmovedor ayudar de esta manera a las amigas que sueñan con prostituirse, pero a los veinte años, a los veinticinco, una joven yazigia tendrá otras aspiraciones aparte de venir a prostituirse a Francia, ¿o no?

Tú sí sabes que lo que ella cuenta puede ser verdad, que en ciertos países prostituirse en Francia puede considerarse como una oportunidad, una *buen salida*, del mismo modo en que una estudiante parisina con un trabajo de mesera bien pagado se lo platicaría a una buena amiga que está corta de dinero, de lo más natural, así también, vista desde Yazigia, la posibilidad de venir a trabajar a Francia por tarifas fabulosamente elevadas sería una solución que comentaríamos con las amigas necesitadas. Y es que ganar en unas semanas lo suficiente para sanear la situación financiera y poder volver a empezar, para chicas que no tienen otras perspectivas, sí, claro que puede ser un buen proyecto, no el proyecto ideal, por ejemplo, ellas seguramente preferirían ganarse la lotería, pero de cualquier modo es un proyecto, y no te cuesta ningún trabajo creer que ellas hayan aceptado, incluso que lo hayan pedido. ¿Qué más pueden hacer las jóvenes que no encuentran trabajo, tienen padres enfermos, un hijo que alimentar o simplemente quieren darse gustos? Para las chicas yazigias, que tienen aspiraciones comparables a las de las occidentales, pero ingresos diez, veinte veces inferiores, ¿queda entonces prohibido fantasear viendo productos de belleza, ropa de moda o el último modelo de celular? Unas semanas de prostitución francesa les permiten todo eso. La vida en Yazigia, salvo algunas excepciones, no lo permite. Y eso que a tu reflexión le hiciste un descuento admirable, no te entregaste al inventario de las miserias, no pensaste en la situación de las comunidades de la periferia yazigia, que es todavía otro mundo, un país dentro del país, con caminos maltruchos donde se circula en carreta, con pueblos tomados por usureros que duplican cada mes los mon-

tos por reembolsar, con chicas que aceptan una cita por un sándwich, una cajetilla de cigarrillos o una lata de leche de fórmula, para las cuales, sí, conseguir un sitio en una calle occidental representa algo así como un privilegio.

Tklinea no tiene fuerzas para explicar todo esto. Tú sí la tendrías, pero no es tu papel. Eres intérprete, no mediadora cultural, estás aquí para levantar la barrera de la lengua, para que los malentendidos no se deban a la lengua: también entre dos franceses o entre dos yazigios puede haber problemas de comprensión, pero éstos no son de tu incumbencia. Por lo demás, lo mismo ocurre en sentido contrario, pues para Tklinea traduces términos de la jerga jurídica que bien sabes que no va a entender en yazigio, pero no simplificas, nunca vulgarizas, y “exhorto” no se convierte en “carta con las instrucciones de la juez” ni “comparecencia” se convierte en “si te encuentras ante un tribunal”, o sea que no cambias de registro, ¿con qué derecho lo harías? Sería inequitativo respecto de una detenida francesa, que no contaría con una intérprete de francés jurídico a francés común, el objetivo no es dar ventajas a los no francófonos, sino de colocarlos en el mismo nivel que los francófonos. Te felicitas, eres definitivamente muy madura en el plano deontológico.

Al día siguiente, es decir, en el segundo día de la detención, ya no sabes en qué va tu vida psíquica, tu misión es una burbuja fuera del tiempo, ya luego harás las cuentas, Tklinea sigue negando ferozmente ser pareja de nadie. Lo clama, lo reivindica, nadie le ha dado instrucciones, nadie fija las reglas de su actividad, ella es una proxeneta independiente, ahora ya se aprendió la palabra, proxeneta es lo que ella sabe que es, casi se divierte, ahí al menos hay algo positivo, enriquece su vocabulario. Sabes que pronto va a aprender francés porque en prisión, a donde irá seguramente, será cuestión de supervivencia.

Durante la pausa del almuerzo, Max te explica que si insiste tanto en esta historia del novio, no es para torturar a la pobre Tklinea, sino porque sabe, gracias a las investigaciones que realizó la policía yazigia por solicitud de la juez de instrucción francesa, que es la pareja de un cabecilla de Iassag. Hasta ahora, nada prueba que esté implicado en el asunto, no viene nunca a París, no hay ningún indicio de transferencias de dinero, pero las cuentas no cuadran, Tklinea se embolsa entre 8,000 y 10,000 euros al mes y aun descontando la renta, los distintos gastos, falta mucho dinero, ella vive modestamente y gasta poco, mientras que él anda en un auto de lujo y tiene una colección impresionante de relojes de oro, así que sumando dos más dos, no es difícil

adivinar en manos de quién acaba el dinero de las chicas que se prostituyen en Francia. Ni confirmas ni invalidas la hipótesis del novio, astutamente desvías la atención comentando con entusiasmo la composición del aderezo de tu ensalada.

Hacia el final de la tarde, cuando la indagatoria parece que derrapa y Tklinea se cierra cada vez más, da respuestas cada vez más incoherentes, Max apila sobre su escritorio decenas de folios con membretes de hospitales, son certificados médicos entregados por las autoridades yazigias. ¿Cómo explica Tklinea que varias veces al año se fracture algo? Y por piedad, si es para contar historias de caídas por las escaleras, no vale la pena que responda, en ese caso que más bien guarde silencio. La abogada abre los ojos con sorpresa, también tú, pero de manera estrictamente cerebral, en la fachada exterior ni siquiera parpadeas, permaneces impassible. Tklinea está a tu derecha, no ha abierto la boca, pero sientes la onda, la emoción brutal que no requiere de palabras, como reacción bajas rápido rápido tus cortinas afectivas, interrumpes toda conexión sensible con el mundo exterior y te refugias en lo más alto de la torre de tu mente, no vaya a ser que te dejes contaminar. Ella sigue muda, no responde nada, pero algo en ella se quebró, por primera vez la loba en sus ojos está tirada boca arriba en una postura de completa sumisión. La abogada le sugiere, y tú sugieres en nombre de la abogada, que si acaso intenta proteger a alguien, se pregunte por un instante si en una situación equivalente ese alguien la protegería del mismo modo. Desde tu torre, donde estás bien a resguardo de la carga emocional que electriza la habitación, observas con interés que es un caso clásico del dilema del prisionero. Por lo demás, el golpe de la abogada dio en el blanco, Tklinea acaba de derrumbarse, ahora de seguro se van a abrir las compuertas, lo va a revelar todo. Te frota las manos, al fin vas a saber qué ocurre realmente, pensándolo bien esta historia de la antigua prostituta convertida en proxeneta independiente no era demasiado creíble.

Tardas dos o tres segundos en darte cuenta de que Tklinea se derrumbó sobre tus rodillas, tiene la nariz sobre tus muslos y sus lágrimas escurren sobre tu pantalón. Esta repentina situación de intimidad física te toma desprevenida, ¿por qué de pronto te consideró su amiga? Es cierto que es tu aliento el que ha sentido en la oreja durante casi dos días y que han pasado largas horas sentadas una al lado de la otra. Pero tú, tú no eres nadie, eres la intérprete, eres la voz de los otros. Debe cesar inmediatamente este contacto físico entre ustedes, ella se equivoca, te está confundiendo, no eres más que la intermediaria, que llora sobre las rodillas de la abogada o en brazos del policía si se le da la gana, pero que deje en paz tus piernas, no son

piernas públicas de autoservicio sobre las que cualquiera tenga derecho a derrumbarse sin avisar.

Estás petrificada. Ella sigue llorando sobre tus rodillas, se abraza a tus piernas mientras tú te aferras a la silla. La abogada no se mueve. Max no se mueve. Recitas a toda velocidad el Código de Ética de los intérpretes de conferencias, pero no encuentras nada, absolutamente nada sobre qué hacer en caso de colapso inopinado de uno de los ponentes sobre las piernas de la intérprete, eventualidad que de todas maneras tiene pocas probabilidades de ocurrir cuando se trabaja en cabina. ¿Dónde está entonces la frontera, dónde está la reserva, hasta qué punto debes conservar la máscara de la neutralidad? Trazas una tabla de decisión en tu pantalla mental, no, no hay tiempo, es una urgencia, rápido rápido una reacción, ¿serás un monstruo de frialdad o vas a cruzar la línea roja? No lo hubieras creído de ti misma, pero la cruzas. Apoyas suavemente la mano sobre la espalda sacudida por los sollozos. Es tu mínimo. Y tu máximo.

Cuando Tklinaa vuelve a estar en condiciones de hablar, comienza o más bien vuelve a comenzar el relato de su periplo. Sigue llorando, pero son lágrimas tranquilas que le escurren suavemente por la cara. Tiembla como una hoja, se ha convertido en una pequeña musaraña aterrorizada. Entiendes su emoción, entiendes que le resulte difícil contar, pero no puedes ponerte a llorar tú también, ¿de qué sirve una intérprete que llora? Así que vuelves a bajar las cortinas, vuelves a subirte a tu torre, si bien ahora las paredes están perforadas, y contener tus propias lágrimas se vuelve una lucha de cada instante. Quisieras decirle que no eres insensible, pero que tu deber es mostrarte razonable, que la empatía, demasiada empatía, no es buena idea, eres su voz, claro que la entiendes, no hay duda de eso, no podrías traducirla si no la entenderas hasta lo más hondo de las entrañas, pero no eres una amiga, no eres una persona, eres su intérprete. Y así es como dices por ella todo lo que le ha pasado, dices por ella él me golpeó la cara, dices por ella él me forzó en la cama, dices por ella él amenazó a mi familia y quería cada vez más dinero, lo dices fielmente, eliges las palabras con cuidado, eres su más perfecta versión francesa. Pero no la tomas de la mano, no la abrazas. Si tu voz vacila, si empiezas a llorar también, ya no podrás hablar por ella.

Tu misión ha concluido. A Tklinaa la llevan con la juez de instrucción, donde será asistida por la otra intérprete, que ya se recuperó. A todas luces, quiso evitarse precisamente la indagatoria, le dieron miedo los balazos. Qué gallina. Max te agradece afectuosamente, te colma de halagos, qué fluidez, qué dominio, fue increíble, se ve que tienes una formación sólida,



© Maya Gadea

que tienes la técnica y todo eso, y luego tu francés, deslumbrante, diría uno casi de hablante nativa, apenas se nota el acento. Te sonrojas de gusto mientras sonríes para tus adentros, el comentario sobre el acento te parece tan tierno, típico de los franceses: eres alta, tienes un apellido raro y hablas una lengua extranjera, así que la gente escucha un acento donde no hay ninguno. No lo desengañas, es natural, él tiene un acento de escucha, un acento en el oído, está bien, que se quede con su idea de que eres un genio lingüístico, que los cursos de francés como lengua extranjera en tu liceo de Yazigia te bastaron para alcanzar un nivel de lengua materna.

Ya de regreso en tu departamento lloras mucho, no es sólo la emoción contenida sino también un pequeño duelo, sabes que probablemente nunca vuelvas a ver a Tklinaa, que no sabrás si la encarcelan, si presentará una demanda en contra de su novio, si sostendrá sus declaraciones. Requerirán a la otra intérprete en primer lugar, no eras más que un reemplazo. Te tomas varios tragos, escuchas cantos klezmer, abrazas con fuerza a tu pequeña topo de peluche. Ella echa pestes de tu aliento alcoholizado, tú le haces cosquillas en el cuello, juntas imaginan un guion para Hollywood que cuente las aventuras de una familia de protones. Y ya con eso estás mucho mejor, ya con eso le diste vuelta a la página. Eres una profesional, por todos los santos. **U**